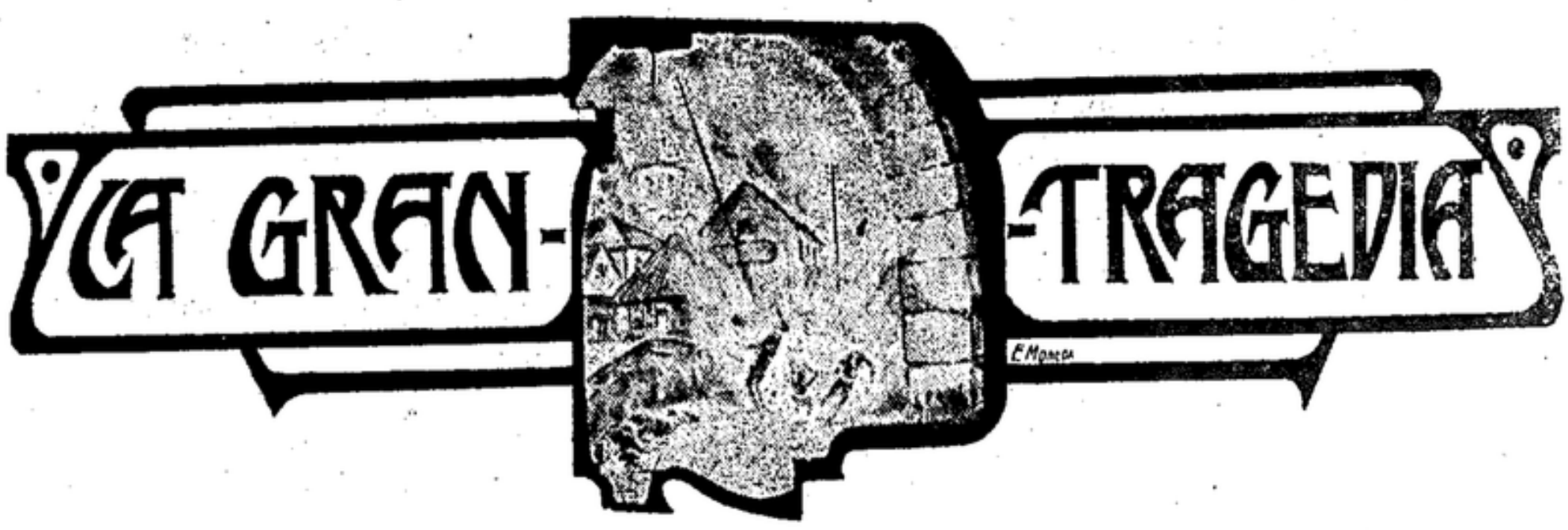

EGOISMO Y EGOTISMO

Gilbert Chesterton ha acusado a los alemanes de incapacidad para entender que, cuando quieran una cosa perteneciente a otro, estimen que el deber les obliga a resistirse. La actitud de los alemanes ante los extranjeros viene a ser la de preguntarles, llenos de extrañeza:

—¿Por qué habéis de ser vosotros los superiores, cuando los superiores somos nosotros?

Los alemanes no entienden, en resumen, el tema eterno de las comedias: que nuestro yo, a los ojos del otro, no pasa de ser el otro. Y a esta incomprensión de los derechos del otro es a la que llama Chesterton la «barbarie de Berlín».

Que en esta acusación chestertoniana hay un fondo muy grande de verdad, nos lo va a demostrar nada menos que el último discurso que el canciller alemán, doctor von Bethmann-Hollweg, ha pronunciado en el Reichstag.

El canciller trataba de probar en su oración que Alemania ha hecho grandes esfuerzos para evitar la guerra actual; entre otros, los de querer captarse la amistad de Francia o de la Rusia, o, en su defecto, la de Inglaterra:

«Sabía bien que el camino era estrecho. Durante décadas, el insular intelecto británico había elaborado la doctrina del equilibrio de fuerzas en el continente. Nunca esperé despedazar por la persuación el viejo principio británico. Lo que creí posible es que el poder creciente de Alemania y el creciente peligro de la guerra obligarían a Inglaterra a percibir que su antiguo principio era insostenible y utópico, y que era preferible un arreglo con Alemania; pero aquel dogma paralizaba siempre la posibilidad de una inteligencia».

Léanse de nuevo estas palabras del canciller alemán. Léanse tres veces, léanse diez veces, y cada vez parecerán más significativas. El canciller pretendía llegar a un acuerdo con Inglaterra, sobre la base de que Inglaterra renunciase al principio del equilibrio europeo y se sometiese «ante el creciente peligro de la guerra» al «poder creciente de Alemania».

Y el canciller se asombra de que Inglaterra no haya aceptado una proposición tan razonable:

«Inglaterra se mostraba dispuesta a llegar a una inteligencia con nosotros en cuestiones individuales; pero el primer principio era siempre el de que el libre desarrollo de la fuerza de Alemania debía ser compensado para conservarse el equilibrio de fuerzas. En vano prevenimos al Gobierno británico».

Alemania pedía la hegemonía, la supremacía, el poder soberano en la política internacional del mundo, e Inglaterra se negaba a acceder a su petición. Y cándidamente, ingenuamente, sin ninguna clase de rubor en las mejillas, el canciller se queja de que el mundo sea tan ingrato que no se deje gobernar por Alemania.

Pero no tan sólo el canciller. La *Gaceta de Colonia* dijo también, al comenzar la guerra, que el crimen de Inglaterra había consistido en negarse, siempre egoístamente, a la unidad de Europa, y que «también ahora, fiel a su idiosincrasia, se alzaba en armas para impedir que se unificase bajo la hegemonía de Alemania».

Y todo el credo del moderno imperialismo alemán puede definirse, según el profesor Cramb, en el honrado convencimiento de que, así como la grandeza de Alemania consiste en el gobierno de Alemania por Prusia, así la grandeza y el bienestar del mundo han de consistir en el predominio de la cultura alemana, de la mentalidad alemana y del carácter alemán.

Este credo es tan simple que su elementalidad parece justificar la acusación de Chesterton, cuando en él descubre la «barbarie de Berlín».

Para Chesterton, como para Unamuno, la barbarie y la pedantería son una misma cosa.

Pero no son una misma cosa. Aunque un negro del Congo y un niño de cuatro años se parezcan al canciller de Alemania en imaginarse que les corresponde en justicia cuanto se les antoje, hay entre ellos una diferencia esencial. Al niño y al salvaje no se les ha enseñado todavía que sus deseos sólo pueden ser satisfechos cuando no chocan con los deseos de los demás, mientras que el canciller de Alemania se da cuenta muy clara de que también los demás tienen deseos, sólo que se figura que los propios son más legítimos que los ajenos.

El niño y el salvaje ignoran los deseos de los otros. El canciller no los ignora, sino que los cree injustos. El egoísmo de los primeros es espontáneo; el del canciller es, en cambio, reflejo.

Procede de una sobreestimación de sí mismo. No es meramente egoísmo, sino egotismo, soberbia, pedantería, que trata a los mayores como si fueran niños.

Esta sobreestimación de sí mismo y desestimación de los demás, no es vicio de bárbaros, sino de cultos. A veces lo padecen gentes que nada han hecho por merecer la excelente opinión que tienen de sí mismos. La soberbia no es en algunos casos más que la fantasmagoría de los necios.

A veces, en cambio, la padecen individuos y pueblos de innegable valor.

Tampoco entonces es una virtud. El mundo es tan grande y tan rico en virtudes, que, por muchas que sean las nuestras, nos parecerán siempre poca cosa en comparación con las que podemos y debemos adquirir. De ahí que la humildad sea signo de avispamiento intelectual. Ser soberbio es cerrar los ojos a las virtudes que no poseemos.

Concluye en la página 4.